

LA PERFECTA CONTRICIÓN - LLAVE DE ORO DEL CIELO

PREFACIO

Este pequeño libro es tan valioso como largos tratados, tanto por la soberana importancia de la materia que trata, (una materia por desgracia muy poco conocida por muchos cristianos) como por la abundancia de su doctrina y el interés de su aplicación práctica. “El gran medio de salvación” es el título que San Alfonso de Liguorio dio a un tratadito sobre la oración publicado con muchas otras obras de su pluma. Y era tan grande su confianza en la eficacia y el poder de la oración para asegurar la salvación de las almas, que él habría deseado ver ese librito en manos de todos. Sobre el ejercicio del amor de Dios y la perfecta contrición podemos decir con mayor verdad que son “los grandes medios de salvación”, porque es más íntima y aún más estrecha la conexión entre un acto de caridad o contrición perfecta y la adquisición de la vida eterna, que entre la oración y la salvación.

Así, pues, quisiera ver esta obrita, como la del mismo San Alfonso, en las manos de todos, convencido como estoy de que una cuidadosa lectura y la puesta en práctica de sus enseñanzas abrirán la puerta del cielo a una multitud de almas que de otro modo arriesgarían su condenación eterna, y de que aumentará de modo maravilloso la gracias de Dios en quienes han sido fieles desde su bautismo.

Cada cristiano debe estar bien instruido sobre la importancia capital del acto de contrición perfecta y de caridad en razón de los inestimables beneficios que tal conocimiento puede brindarnos a la hora de la muerte y permitirnos brindarlo igualmente en el lecho de muerte a algún moribundo a quien la Providencia pudiera guiarnos. Ninguno, aún gozando de buena salud, debe olvidar esta verdad. Pero es sobre todo deseable que cada uno la custodie profundamente grabada en su corazón para las horas de enfermedad y los peligros de muerte.

Quiera Dios que este folleto sea distribuido lo más posible por todas partes. No hay duda de que su lectura estará acompañada de abundantes bendiciones.

P. AGUSTÍN LEHMKUHL, S.J.

PRÓLOGO

Esta obrita sucinta fue hallada providencialmente en una decrepita copia publicada en francés 75 años atrás. Éste es sin duda el asunto más importante que pudiera leer un católico o simplemente cualquiera: es en verdad la llave del Cielo. El conocimiento de la contrición perfecta es más importante hoy que nunca, ya que el Sacramento de la Penitencia ha sido casi completamente borrado por los enemigos de la Iglesia, y los verdaderos confesores son cada vez menos numerosos y más difíciles de encontrar.

Ten presente, al leer este folleto, cómo la contrición perfecta es aún -para los no bautizados- nada menos que el bautismo de deseo (in voto). En las palabras del profeta, no se puede menos que exclamar que “Convertíos al Señor Dios vuestro: puesto que es benigno, y misericordioso, y paciente, y de mucha clemencia, e inclinado a suspender el castigo” (Joel 2, 13). Donde está la contrición perfecta, allí está la caridad, y donde está la caridad, allí está la gracia santificante. Esta gracia, como enseña el Angélico Doctor Santo Tomás de Aquino, no está limitada a los sacramentos, signos y causas sensibles de la gracia. Y quienquiera que muera en estado de gracia se salva, como sin duda también se pierden quienes mueren sin ella. Con todo, este folletito no tiene intenciones polémicas, sino que simplemente está destinado a aquellos que, por ignorancia de la contrición perfecta, enfrentan la desesperación del perdón a la hora de la muerte.

Es nuestro ruego que todo el que lea este librito consiga copias del mismo para distribuirlo a toda su familia y amigos, que exista un traductor en cada lengua, y que se alcance hasta los confines del mundo.

INTRODUCCIÓN

Al apreciar el librito “La Llave de oro del cielo”, usted observará, querido lector, experimentará, me supongo, la curiosidad de ver si el contenido corresponde a su título. Posiblemente, la desconfianza lo inspirará y usted se preguntará con duda si esto se trata de fragmentos literarios llenos de sensacionalismo, de esos que han sido calificados: fragmentos infalibles de valor literario y que han circulado en el mercado.

No, querido lector, esto se refiere a una llave genuina y tangible y por supuesto, fácil de manejar: es la perfecta contrición. Esta le puede abrir el Cielo, cada día y en cada momento; si usted ha sufrido la desgracia de que se le haya cerrado la puerta del Cielo por causa del pecado mortal, especialmente si a la hora de su muerte, no tiene a su lado a un sacerdote quien es repartidor de la divina misericordia. La perfecta contrición será la última llave, que por la gracia de Dios, le abrirá el Cielo.

Sin embargo, para hacer esto, usted debe desarrollar la costumbre de emplearla con eficacia durante su vida. ¡Cuántas almas, gracias a la perfecta contrición, han obtenido la seguridad del Cielo, que sin esta garantía sus almas, irremediablemente, se hubieran perdido! “Si yo fuera capaz de atravesar los campos predicando la palabra divina”, dijo el muy ilustrado y piadoso Cardenal Franzelin, “mi tema de predicación favorita, sería sobre la perfecta contrición”.

I

¿Qué es contrición?

Contrición es un dolor en el alma y odio por los pecados cometidos. Esta debe estar acompañada por un buen propósito, eso quiere decir que debe estar acompañada de una resolución muy firme de corregirnos y de no seguir pecando.

Para que la contrición sea real, es necesario que provenga del interior, que provenga de lo más profundo del corazón; no debe ser una simple fórmula pronunciada sin reflexión. Tampoco es necesario demostrarla a través de suspiros y lágrimas. Estas demostraciones pueden ser indicadores, pero no son la esencia de la contrición. La contrición radica en el alma y en la voluntad de huir del pecado y volver a Dios.

Además la contrición debe ser general, esto quiere decir que se consideren todos los pecados cometidos, por lo menos, todos los pecados mortales.

Finalmente, la contrición debe ser sobrenatural y no solamente natural, pues sería inútil e inservible.

Es por esto que la contrición, como todas las cosas buenas, debe provenir de Dios y de su gracia. Solo Dios puede engendrar su gracia en nosotros. Sin embargo, Dios siempre nos concede la gracia necesaria con la condición de que poseamos buena voluntad y sincero y sobrenatural arrepentimiento.

Si nuestro arrepentimiento se basa en un motivo de interés, o en razones puramente naturales, (Ej.: males temporales, vergüenza o enfermedad) entonces obtendremos la contrición natural sin ningún mérito. Pero si la contrición es basada en alguna verdad de la fe (Ej.: Infierno, Purgatorio, Cielo, Dios, etc.) entonces seremos dueños de una contrición sobrenatural. Esta contrición sobrenatural puede ser perfecta o imperfecta y aquí hemos llegado a nuestro tema de la perfecta contrición.

¿Qué es la perfecta contrición?

En breves palabras, la perfecta contrición está basada en el motivo del amor y contrición imperfecta es basada en el miedo a Dios.

Perfecta contrición es aquella que emana del amor perfecto a Dios. Ahora, nuestro amor a Dios es perfecto, si lo amamos por ser Él, infinitamente perfecto, infinitamente hermoso, e infinitamente bueno (amor benevolente) o porque Él nos ha demostrado Su amor de una manera admirable (amor de gratitud).

Nuestro amor a Dios es imperfecto, si lo amamos sólo por interés. Del mismo modo, en el amor imperfecto, sólo consideramos los favores recibidos y en el amor perfecto consideramos, por encima de todo, la benevolencia de Aquel que nos concede estos favores.

El amor imperfecto hace que, con gran preferencia, nos concentremos en el favor recibido, mientras que el amor perfecto nos hace amar y apreciar el Autor de estos favores, minimizando en sí, sus regalos que por el amor y la bondad, estos favores manifiestan.

La contrición emana del amor. Como resultado, nuestra contrición será perfecta si nos arrepentimos de nuestros pecados a causa del amor perfecto hacia Dios, ya sea por benevolencia o por gratitud.

Ésta será imperfecta, si nos arrepentimos de nuestros pecados porque le tenemos miedo a Dios; porque el pecado nos ha hecho perder la recompensa que nos ha sido prometida como: el Cielo; porque nos merecemos el castigo impuesto al pecador como: el Infierno o el Purgatorio.

En la contrición imperfecta pensamos solo en nosotros y en los males que el pecado nos trae. En la perfecta nosotros pensamos en Dios, en Su grandeza, en Su belleza, en Su amor, y en Su bondad; consideramos el pecado como una grave ofensa la cual ha sido la causa de muchos sufrimientos soportados para nuestra redención. No solo deseamos nuestro beneficio sino también el beneficio de Dios.

Este ejemplo nos ayudará a entender mejor: Cuando San Pedro negó a nuestro Salvador, “y saliendo afuera lloró amargamente” ¿Por qué lloró? ¿Por la vergüenza que tendría que enfrentar delante de los otros Apóstoles?

Bajo estas circunstancias, hubiera sentido solo un dolor natural, sin ningún mérito. ¿Sería porque su Divino Maestro lo iba a despojar de su dignidad de Apóstol y de Pastor Supremo o quería hacerle salir de Su Reino? En este caso la contrición hubiera sido buena pero imperfecta. ¡No! En realidad, San Pedro se arrepiente, llora desconsoladamente por haber ofendido a su amado Maestro que es tan bueno, tan santo y tan digno de amor. Él llora desconsoladamente en respuesta a ese inmenso amor, se da cuenta que actuó de una manera muy ingrata hacia el Señor; en eso consiste la perfecta contrición.

Ahora, estimado lector, ¿tiene usted el mismo motivo que tuvo San Pedro de detestar sus pecados debido a sus amor, debido a su amor perfecto y debido a su gratitud?

Sin duda alguna, los favores de Dios son más numerosos que los pelos en su cabeza y cada favor le debe hacer repetir constantemente las palabras de San Juan: “Amemos a Dios porque Él nos amó primero”. (1 Juan 4:19)

¿Y cuánto Él te ha amado?

“Con amor eterno te he amado; he tenido compasión de ti, por eso prolongaré mi cariño hacia ti”. (Jeremías 31:3)

Desde toda la eternidad, antes de que aún hubiera huella suya sobre la tierra, Dios había dado una mirada penetrante de amor hacia usted. Él le preparó un alma y un cuerpo, el cielo y la tierra, con la ternura de una madre que ansiosamente se prepara para la llegada del hijo que va a venir al mundo. Es Dios quien le ha concedido la vida; es Él quien le proporciona diariamente las cosas buenas de la naturaleza.

Esta razón fue suficiente para que los paganos se dieran cuenta de la perfección del amor de Dios. Esta es aún mayor razón ya que usted que es un cristiano y que posee el amor y la bondad sobrenatural de Dios. A través del profeta Él dice: “tuve compasión de usted”.

Dios pensó en usted con compasión durante Su agonía en el Monte de los Olivos al derramar Su sangre debido a los látigos y espinas, al seguir, llevando su Cruz, por el largo y doloroso camino hacia al Calvario; cuando crucificado en la Cruz, Él expiró en medio de horribles tormentos. Él pensó en usted con un amor tierno, como si usted hubiera sido la única persona que existiera en el mundo en ese momento.

¿Qué le confirma eso? “Amemos a Dios porque Él nos amó primero”.

Además, Dios lo acercó a usted hacia Él por medio del Bautismo, el cual es la primera y gracia primordial de la vida y por la Iglesia, en cuyo seno usted fue incorporado.

¡Cuántas personas han sido capaces de obtener la fe verdadera sólo a través de la intensidad del esfuerzo y del sufrimiento!

En cambio, a usted, Él se la concedió desde la cuna, solo por amor. Dios lo acercó hacia Él y continúa haciéndolo todos los días por medio de los Sacramentos y por la gran infinidad de gracias que Él derrama sobre usted.

Usted ha sido sumergido en un océano, el océano de la bondad y del amor Divino y Él desea nuevamente coronar estas gracias acercándolo a Él y concediéndole la felicidad.

¿Qué va a dar usted a cambio por ese gran amor?

¿No es apropiado que usted haga restitución por estas faltas? Entonces, amemos a nuestro Dios pues él nos amó primero.

Lleguemos al punto de: ¿Cómo ha respondido usted al amor de un Dios tan amoroso y tan bueno? Sin duda alguna, con gran ingratitud y con sus pecados.

¿Se arrepiente de su ingratitud? ¡Ah, sí! Sin duda alguna, y usted arde en el deseo de enmendar demostrando su amor sin límites. Si, eso es así, usted en este momento posee la perfecta contrición la cual está basada en el amor de Dios y la cual, también, es llamada contrición de amor de Dios o de caridad. En la contrición de caridad existe un nivel, aún más elevado, que consiste en simplemente amar a Dios porque Él es infinitamente glorioso, infinitamente perfecto y es digno de ser amado. Hagamos una comparación: en el firmamento hay numerosas estrellas tan distantes que no podemos percibir y sin embargo son tan inmensas y tan brillantes como el sol que tan gratuitamente nos otorga el calor y la vida.

De la misma manera, supongamos que el hombre no haya poseído la gran estrella eterna que es el amor de Dios. Supongamos que Dios no haya creado el mundo ni a ninguna de sus criaturas: Él no sería menos grandioso, menos hermoso, menos glorioso o menos digno de ser amado, porque Él es El mismo y en relación a Él mismo es la máxima Perfección, Bondad y Amor.

El sentido de esta fórmula: “estoy arrepentido de corazón... porque Tú eres infinitamente amoroso y lamentas el pecado”.

Reflexiona un momento los amargos sufrimientos de Nuestro Salvador. Esta reflexión te hará entender con facilidad y penetra tu corazón.

Aquí tienes los medios prácticos para alcanzar la perfecta contrición.

II

Cómo obtener la perfecta contrición

Primero que todo debe recordar que la contrición perfecta es una gracia concedida por la misericordia de Dios. Usted se la debe pedir con todo el corazón. Pídala, no solamente en el momento en el cual desea hacer un acto de contrición, pero con frecuencia. Esto debe ser el objeto de nuestro más ardiente deseo. Por consiguiente, repita con frecuencia:

“Mi Dios, concédeme la perfecta contrición por todos mis pecados”.

Nuestro Señor le concederá esta petición si El ve en usted su sincero deseo de complacerlo.

Así es como usted puede fácilmente hacer un perfecto acto de contrición:

Colóquese delante de un crucifijo, ya sea en la Iglesia o en su habitación e imagínese en presencia de Dios crucificado y en presencia de sus heridas.

Medite con devoción por unos momentos y dígame a sí mismo:

“¿Quién es el que está clavado en la Cruz? Es Jesús, mi Dios y mi Salvador.

¿Por qué sufre? Su Cuerpo destrozado y cubierto de heridas, muestra los más horribles tormentos. Su alma está cubierta de dolores e insultos.

¿Por qué sufre El? Por los pecados del hombre y también por mis propios pecados. En medio de su amargura, El piensa en mí, El sufre por mí, El desea expiar mis pecados”.

Deténgase aquí mientras que las cálidas gotas de sangre de su dulce Salvador caen gota a gota sobre su alma. Pregúntese cómo ha respondido usted a la “Mi Señor y mi Dios, me arrepiento desde lo más profundo de mi corazón de todos los pecados que he cometido durante mi vida pues debido a estos he merecido los castigos de tu Justicia, en esta vida y en la eternidad. Por haber respondido a tus favores con ingratitud; sobretodo porque con mis pecados os he ofendido, Dios mío, que sois sumamente bueno, y merecéis todo mi amor. Finalmente propongo enmendar mi vida y de no volver a pecar. Concédeme la gracia de ser fiel a este propósito. Así sea”.

En esta oración expresamos tres motivos de contrición:

Primero: Contrición imperfecta y nada nos impide, en efecto, el enlazar estas dos clases de contrición, la primera nos conduce fácilmente a la segunda.

1. “Por éstos he ganado el castigo de tu Justicia...” Esto está relacionado a la contrición imperfecta.
2. “Por haber respondido a tus favores con ingratitud...” Esta es una razón que se aproxima a la contrición perfecta pues si tengo el arrepentimiento sincero de haber respondido al amor de Dios con ingratitud y con mis pecados, por consiguiente, sentiría el deseo de hacer enmienda por mi ingratitud. Aquél que por amor se arrepiente de haber ofendido a su bienhechor, realmente posee la contrición perfecta o contrición de caridad.
3. “Pero especialmente porque por mis pecados te he ofendido...”. Vuelva a leer esta oración y entenderá el significado de estas palabras. En estas verá claramente expresado el amor y la contrición perfecta. Para obtenerla de una manera más eficaz, agregue estas palabras a su acto de contrición, ya sea oralmente o que le salga del corazón:

“Pero especialmente porque por mis pecados Os he ofendido por ser Tú infinitamente bueno e infinitamente digno de ser amado. Tú quién eres mi Salvador y que moriste en la Cruz debido a mis pecados”.....y después se llega a la firme resolución: “Resuelvo firmemente enmendar mi vida y de no volver a pecar...”

Usted dirá, hacer ésto es muy fácil para otros, pero para mi es algo muy elevado y casi imposible. Cree que es verdad? Cree en esto?

III

Es difícil hacer un acto de perfecta contrición?

Sin duda alguna, el acto de perfecta contrición es más difícil que el acto de la contrición imperfecta la cual es requerida para la confesión. Sin embargo, no hay nadie que, con la gracia de Dios, se pueda obtener la perfecta contrición si sinceramente la está buscando y la desea. La contrición reside en la voluntad que se tenga y no en los sentimientos, aunque a veces, la intensidad de ésta cause que derramemos lágrimas la darnos cuenta y al aceptar con humildad la gravedad de nuestros pecados.

Además, para animarnos, es importante considerar que antes de que Nuestro Señor viviera en la tierra, en la antigua ley, la perfecta contrición fue durante 4.000 años, la única manera de obtener el perdón de los pecados.

Ahora, en nuestros tiempos, no existe otro medio de perdón para miles de paganos y herejes. La verdad es que Dios no desea la muerte del pecador.

Él no puede desear el imponer una perfecta contrición imposible de obtener.

La contrición debe, por el contrario, estar dentro de la posibilidad de todo hombre. Entonces, si muchos desafortunados que viven y que han muerto, han podido obtener esta perfecta contrición aún estando alejados (sin tener culpa alguna) de los torrentes de la gracia y de la Iglesia Católica. ¿No es difícil para usted obtenerla ya que ha tenido la inmensa fortuna de ser cristiano y católico, por consiguiente no es usted el objeto de recibir numerosas gracias y al mismo tiempo de gozar de una mejor preparación religiosa que estos pobres fieles?

Profundizando un poco más a menudo, sin sospecharlo, usted ha obtenido la perfecta contrición. Por ejemplo, cuando asiste con devoción a la celebración de la Santa Misa, cuando medita con fervor en el Viacrucis, cuando reflexiona con mucho fervor y piedad ante una imagen de Jesús crucificado o de su Divino Corazón.

Solo unas palabras son necesarias para expresar el más ardiente amor y sincera contrición.

Algunas se encuentran en las oraciones jaculatorias: “Mi Dios y mi Todo”; “Misericordia mi Jesús”; “Mi Dios, te amo sobre todas las cosas”; “Mi Dios, ten misericordia de mí que soy un pobre pecador”; “Mi Jesús te amo”.

IV

¿Qué efectos produce la contrición perfecta?

¡Efectos verdaderamente admirables! El pecador, gracias a la contrición perfecta recibe inmediatamente el perdón de cada una de sus faltas aún antes de confesarse. No obstante, debe hacer la resolución de confesarse en tiempo oportuno; por supuesto, esta resolución está incluida en la contrición perfecta. Cada vez que hace un acto de contrición perfecta, se le remiten inmediatamente las penas del infierno, recobra todos sus méritos pasados, se convierte de enemigo de Dios en su hijo adoptivo y coheredero del cielo.

Al justo la contrición perfecta le aumenta y fortalece el estado de gracia. Le borra los pecados veniales que él ha detestado, le aumenta un verdadero y bien entendido amor de Dios. Estos son los efectos maravillosos de la misericordia Divina en el alma del cristiano debidos a la contrición perfecta. Quizás te parezcan increíbles. Sin duda pensarás que en peligro de muerte deberíamos pedir la contrición; pero, es creíble que la contrición perfecta produzca tales afectos a cada momento? Está bien fundada esta enseñanza sobre la contrición perfecta? Respondo que es tan sólida como la roca sobre la que está edificada la Iglesia y tan cierta como la misma Palabra de Dios.

En el Concilio de Trento, la Iglesia, al explicar las principales verdades dispuestas por los herejes, declara (Sesión XIV, cap. 4) que la contrición perfecta, que procede del amor de Dios, justifica al hombre y lo

reconcilia con Dios aún antes de la recepción del sacramento de la Penitencia, Ahora, bien, el Concilio no dice en ningún lugar que esto suceda solo en peligro de muerte. Por tanto, la contrición perfecta produce este efecto todas las veces. Además, la Santa Iglesia apoya todo esto en las palabras de Jesús: “Cualquiera que me ama” -y con la contrición perfecta verdaderamente lo amamos- “mi Padre le amará y vendremos a él y haremos mansión dentro de él” (Jn. 14, 23). Dios no puede habitar en un alma manchada por el pecado. La contrición perfecta o contrición de caridad borra por consiguiente los pecados.

Tal ha sido siempre la enseñanza de la Iglesia, de los Santos Padres y de sus Doctores: Bayo fue condenado por sostener lo contrario, De hecho, si como hemos dicho hasta ahora la contrición perfecta debe haber producido efectos tan admirables en el Antiguo Testamento, en la era de la ley del temor, tanto más producirá esos efectos en el Nuevo Testamento, donde reina la ley del amor. Pero entonces dirá alguno: ¿si la contrición perfecta borra los pecados, para que confesarlos después? Es verdad que la contrición perfecta produce los mismos efectos que la confesión, ya que la contrición perfecta supone igualmente el firme propósito de confesar los pecados que han sido perdonados. Porque confesar todos los pecados, al menos los mortales, es una ley de Jesucristo y una ley inmutable.

¿Es necesario confesarse lo más pronto posible después del acto de contrición? Hablando estrictísimamente no es necesario, pero yo te urgiría fuertemente a hacerlo. Entonces estarás tanto más seguro de estar perdonado y obtendrás al mismo tiempo las gracias preciosas adjuntas al sacramento de la Penitencia, que se llaman gracias sacramentales. Tal vez ahora estés tentado de decirte: “Si es fácil obtener la remisión de los pecados por medio de la contrición perfecta, no tengo porqué preocuparme por la confesión. Pecaré sin escrúpulo y estaré descargado de la deuda del pecado con un acto de contrición perfecta”. Cualquiera que pensara de este modo no tendría ni una sombra de contrición perfecta. Ese no amaría a Dios sobre todas las cosas, ya que no tendría el serio deseo de romper con el pecado y cambiar de vida, condición requerida por igual para la confesión y para la contrición perfecta. Ese podría engañarse, pero a Dios nunca lo engañaría. Quien verdaderamente tiene contrición perfecta está enteramente resuelto a renunciar al pecado mortal. Se limpiará tan pronto como le fuere posible en el sacramento de la Penitencia y, por su buena voluntad ayudada por la gracia de Dios, se guardará de pecar y se robustecerá más y más en el feliz estado de hijo de Dios.

La contrición perfecta es una gran ayuda para todos aquellos que leal y sinceramente quieren recobrar y preservar el estado de gracia, y especialmente para aquellos que caen en pecado por hábito, es decir, que a pesar de su buena voluntad recaen de tiempo en tiempo debido a sus malos hábitos y su propia debilidad. Pero el caso es muy distinto para quienes usan la contrición perfecta como un medio para pecar con impunidad: ellos convierten el remedio Divino del arrepentimiento perfecto en un veneno infernal. No cuentes entre los últimos, mi querido lector, y no permitas que una gracia tan preciosa te haga daño usándola mal.

V

¿Por qué es tan importante la contrición perfecta y a veces hasta necesaria?

Es importante a lo largo de toda nuestra vida y en el momento de la muerte. Primero y ante todo es importante durante nuestra vida. En realidad, ¿qué hay más importante que la gracia? Ella embellece nuestra alma; la penetra y la transforma en una criatura de nuevo orden haciéndola hija de Dios y heredera del cielo. Ella hace dignos de la vida eterna todos los sufrimientos y trabajos del cristiano, es la varita mágica que todo lo transforma en oro - en el oro de los méritos sobrenaturales. Por el contrario, ¡que hay más triste que un

cristiano en estado de pecado! Todos sus sufrimientos, todos sus trabajos, todas sus oraciones quedan estériles, sin ningún mérito para el cielo. Él es un enemigo de Dios, y si muere así, va al infierno.

Por tanto, el estado de gracia es de importancia capital, y es necesario para el cristiano.

Si se ha perdido la gracia, se puede recobrar de dos modos:

- (1) por la confesión,
- (2) por la contrición perfecta.

La confesión es el medio ordinario, pero como no está siempre disponible, Dios ha dado un medio extraordinario: la contrición perfecta.

Supongamos que un día tienes la desgracia de cometer un pecado mortal. Después de las preocupaciones del día, en la quietud de la noche se despierta tu conciencia; ella te condena por la fuerza y quedas atormentado. ¿Qué hacer? Pues bien: entonces Dios pone en tus manos la llave de oro que te abrirá las puertas del cielo. Arrepiéntete intensamente de tus pecados por amor a Dios, como que Él es tan bueno y generoso.

Por el contrario, cuán digno de compasión es el cristiano que ignora la práctica de la contrición perfecta. Se va a dormir y se levanta en estado de pecado mortal. Vive de este modo dos, tres, cuatro o más meses, de año en año, quizás. La noche oscura que lo envuelve no es interrumpida ni por un momento después de una confesión. ¡Triste estado el de vivir casi siempre en pecado mortal, como enemigo de Dios, sin ningún mérito para el cielo, y en peligro de condenación eterna!

Otro beneficio: si antes de recibir un sacramento, vale decir, la Confirmación o el Matrimonio, por ejemplo, se recuerda algún pecado no perdonado, la contrición perfecta permite recibir este Sacramento dignamente. Sólo para la Santa Comunión se requiere la Confesión.

Aún para un cristiano en estado de gracia, la práctica frecuente de la contrición perfecta es muy útil. Primero, nunca tenemos certeza de estar en el estado de gracia. Ahora bien, cada acto de contrición perfecta aumenta esta certeza. Frecuentemente sucede que nos quedamos perplejos sin saber si hemos consentido o no a la tentación. ¿Qué haremos entonces? ¿Examinar escrupulosamente si hemos consentido o no en la tentación? Tal cosa sería infructuosa. Hagamos un acto de contrición perfecta y soseguémonos.

Aun suponiendo que poseyéramos certeza de estar en el estado de gracia, la contrición perfecta nos será muy útil de todos modos. Cada acto de contrición perfecta aumenta la gracia y un gramo de gracia vale más que todos los tesoros del mundo. Cada acto de contrición perfecta borra los pecados veniales que desfiguran el alma; entonces el alma crece mas y mas en belleza. Cada acto de contrición perfecta remite el castigo temporal debido al pecado. Acordémonos de las palabras del Salvador referentes a María Magdalena: “Le son perdonados muchos pecados, porque ha amado mucho” (Lucas 7, 47). Y si este perdón del castigo temporal nos hace apreciar y valorar las indulgencias, buenas obras, limosnas, el primer rango entre obras buenas lo ocupa la caridad para con Dios, que es la reina de las virtudes.

Finalmente, con cada acto de contrición perfecta y de amor nuestra alma se fortalece en el bien, y de allí que tenga la firme confianza de obtener la gracia suprema de la perseverancia final.

La práctica de la contrición perfecta es entonces muy importante durante nuestra vida, pero especialísimamente en la hora de nuestra muerte y sobre todo si estamos en peligro de muerte repentina.

Un día se declaró un gran incendio en una ciudad populosa, y muchos murieron. En medio de los muchos que gritaban en el patio de una casa, un niño de doce años, de rodillas, pedía la gracias de la contrición; después instó a sus compañeros a rezar con él. Enteramente desventurados, quizás le debieron su salvación.

Ahora bien, peligros semejantes nos amenazan a cada momento y cuando menos lo pensamos. Se puede ser víctima de un accidente, caer un árbol, ser atropellado por un tren u ómnibus; se puede ser sorprendido por el fuego al dormir; se puede errar un escalón o caer en medio del trabajo. Uno es llevado moribundo. Corren a

LA PERFECTA CONTRICIÓN - LLAVE DEL ORO DEL CIELO

buscar un sacerdote, pero el sacerdote llega tarde, y el tiempo es corto. ¿Qué hacer? Hay que hacer inmediatamente un acto de contrición perfecta. Arrepentirse fuertemente por amor y gratitud para con Dios y Jesucristo crucificado. La contrición perfecta será para uno la llave del cielo.

No es el caso que sea lícito a cada uno esperar hasta la última hora en la esperanza de quedar libre de todo pecado por medio de un simple acto de contrición perfecta. En realidad, es muy dudoso que la contrición perfecta pueda valer a quienes han abusado de ella para pecar. Los beneficios detallados son principalmente para quienes tienen buena voluntad.

“Pero” -alguno me preguntará- “¿tendremos tiempo de hacer un acto de contrición perfecta?” Sí, con la gracia de Dios. La contrición perfecta no requiere mucho tiempo. especialmente si durante la vida se la ha practicado con frecuencia. Lleva sólo un instante hacerlo desde las profundidades del alma. Además, la gracia de Dios es más eficaz al momento de peligro, y nuestra mente está mucho más activa. A las puertas de la muerte los segundos parecen horas. Hablo por experiencia personal.

El 20 de julio de 1886 estuve muy cerca de la muerte. Fue cuestión de ocho a diez segundos de dolor, el tiempo que lleva rezar la mitad de un Padrenuestro. En este brevísimo momento, miles y miles de pensamientos cruzaron mi mente. Toda mi vida pasó ante mí con rapidez inimaginable; al mismo tiempo pensé lo que me esperaba después de la muerte. Todo, repito, todo sucedió durante el corto tiempo de medio Padrenuestro. Afortunadamente mi vida quedó a salvo. Dios lo quiso así de modo que pudiese escribir *La llave del cielo*. ¡Y bien! Lo primero que hice en tal peligro fue lo que nos enseñaron en el catecismo - un acto de contrición- y recurrir a Dios buscando su protección. Fue verdaderamente entonces cuando aprendí a amar y atesorar debidamente la contrición perfecta. Después la hice conocer y apreciar dondequiera tuve la oportunidad. ¡Qué pérdida para la gente no entender mejor su importancia en este último momento! Todos se alborotan; no entienden las lágrimas y llantos; pierden la cabeza; van a buscar al médico o al sacerdote; traen agua fresca y todos los remedios que guardan escondidos. Y mientras el enfermo agoniza quizás ninguno tiene compasión de su alma inmortal; ninguno le sugiere hacer un acto de contrición perfecta. Si te encuentras en una situación semejante, corre al lado del moribundo y, presentándole, de ser posible, de manera calma y serena la imagen de Jesús crucificado, dile con voz segura y firme que piense y repita de lo más hondo de su alma lo que estás por decirle.

Luego recítale lenta y claramente el acto de contrición, aun cuando parezca que el enfermo no entiende ni capta nada. Habrás hecho un bien supremo con que te ganarás su gratitud eterna.

Aún si estás tratando con un hereje, ayúdalo en sus últimos momentos de la misma manera. No es necesario hablarle de la confesión. Úrgelo a hacer un acto de amor a Dios y a Jesús crucificado recitándole lentamente el acto de contrición.

VI

¿Cuándo se debe hacer un acto de contrición?

Si me has seguido atentamente hasta este punto, querido lector, déjame pedirte esto; por Dios y por tu alma, no dejes pasar una noche sin hacer un acto de contrición junto con tus oraciones. Seguramente no es pecado omitir

alguna vez, pero lo que te ofrezco es consejo bueno y útil. No me digas que el exámen de conciencia y la contrición perfecta son buenos para los sacerdotes y las almas perfectas; no digas: “No tengo tiempo; ¡a la noche estoy demasiado cansado!”.

¿Cuánto tiempo necesitas? Media hora? Quince minutos? No, pocos minutos bastarán. Es que no dices algunas oraciones ya estando acostado? Bien: después de rezar, piensa unos minutitos en tus faltas y los pecados del día y recita lenta y fervorosamente, a los pies del crucifijo, el acto de contrición. Empieza esta noche, y no te arrepentirás.

Si tuvieres la desgracia de cometer un pecado mortal, no te quedes en ese estado. Levántate por medio de la contrición perfecta. Levántate al punto, o al menos durante tus oraciones de la noche, y sin tardanza ve a confesarte.

Finalmente, querido lector, tarde o temprano la hora de la muerte tocará para ti, y si, Dios no lo quiera, llega inesperadamente, ya conoces el remedio, sabes dónde encontrar la llave del cielo.

Si tienes tiempo de prepararte, que tu última acción sea un acto de amor a Dios, tu Creador, tu Redentor, tu Salvador, un sincero y perfecto acto de contrición por todos los pecados de tu vida. Cumplido eso, arrójate en los brazos de la misericordia divina.

Y ahora te dejo, querido lector. Relee este librito, y ponlo en práctica. Aprecia la contrición perfecta. Practica este preciosos medio de obtener la gracia, que la providencia ha puesto en tus manos. En suma, la verdadera llave del cielo.

ACTO DE CONTRICIÓN

Para alcanzar de Dios misericordia

El exemo, Ilmo. y Rmo. Sr.D. Fr. Joaquín Company, Arzobispo de Valencia, concedió 80 días de indulgencia a quien lo rezare con la posible devoción, rogando por los fines de la Santa Iglesia.

Señor mío Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, por ser vos solo quien sois, mi bien, mi amparo y mi consuelo; por ser la misma bondad, y nuestro fin, ab aeterno, por quien redimido he sido y en quien gloria eterna espero; a vuestros pies humillado, con los suspiros más tiernos una y mil veces suplico, queráis perdonar mis yerros.

A vos acudo, Señor, a vos que sois el bien nuestro, confiando he de alcanzar el perdón que ansioso espero.

A vos todos mis gemidos (tiernas lágrimas vertiendo) inclinar quiero, Señor, pues solo sois mi embeleso.

Verdad es que os ofendí; verdad es, yo lo confieso; mas de haberos agraviado, ya mil veces me arrepiento.

No mireis, Señor, la ofensa, sino mirad el afecto, con que después del agravio a vos, Dios mío, me vuelvo.

De vos, Señor, el alivio solicito y el remedio; no os olvidéis de mi llanto, ni desprecies mis lamentos.

Que si son muchas mis culpas, no es ningún desdoro vuestro el perdonarlas, al verme a vuestras plantas gimiendo.

Y no me mueve otra cosa para el dicho sentimiento, que el ver, Dios mío, sois vos un Señor tan Santo y Bueno; un Señor tan Poderoso, que criaste en un momento el ser solo del no ser y toda la tierra y el cielo.

Atended, Señor, que soy un humilde esclavo vuestro, a quien ser primero disteis en el campo damasceno.

Yo pues humilde os suplico, perdonéis mis desaciertos, que si hasta ahora, Señor, pesar no tuve de hacerlos; ya en adelante confío, ayudado de vos mismo, no volver a pecar más, ni cometer algún yerro.

Ya el dejar mis torpes vicios, Dios mío, también prometo; asistidme con la gracia; no despreciéis mis anhelos.

Sé que mucho os ofendí por palabra y pensamiento, y que mil maldades hice ante el divino Ser vuestro; pero os doy palabra ya de dejar mis devaneos, y serviros a vos solo de mi vida todo el tiempo. Palabra os doy, Señor mío, de dejarme todo aquello que no es de vuestro agrado, y con que sé que os ofendo. Dejaré perpetuamente de mi gusto los objetos, porque sé que os ofendí solamente con tenerlos. Y aunque en dejar estas cosas, no os tendré bien satisfecho; con dejarlas de mi parte, cuanto pueda haré alo menos.

Y no pretendo, Dios mío, ni algo más de vos espero, que conseguir el perdón de mis pecados y yerros.

Ea pues, bondad inmensa, Dios infinito y eterno, inclinad vuestros oídos a los llantos con que os ruego.

Perdonadme las ofensas, mi Bien, mi Dios, mi consuelo; que los agravios que os hice, con toda el alma los siento.

No dilatéis el perdón, ni me alarguéis el remedio, que aunque tibio en el pedir, os lo pido con afecto.

Mirad, Señor, quien soy yo, y mirad quién sois Vos mismo, y vereis que yo soy nada, siendo vos un Dios inmenso.

Y aunque yo, por ser tan poco, más con la culpa os ofendo, no por eso la piedad, Dios mío, quitaros puedo.

Con que siendo Vos piadoso, siendo Santo, siendo bueno, por más que os haya ofendido, el perdón de vos espero.

A Vos pues, Dios y Señor, de lo interior de mi pecho represento en vivas ansias mis suspiros y lamentos. Y si hasta ahora he tenido, como loco, mil tropiezos, confío que en adelante he de huir de todos ellos.

Misericordia, Dios mío, compasión en vos espero; no neguéis vuestros auxilios, pues de veras os lo ruego.

Dadme, Señor, vuestra gracia que es el más seguro medio para alcanzar cuanto pido, cuanto suplico y espero.

Oración de Santa Gertrudis

Para antes de la confesión

Dulcísimo Jesús que movido de amor y deseo de la humana salud, instituisteis el Sacramento de la Penitencia para remedio y consolación de los miserables pecadores, y para que con su virtud pudiésemos ser lavados de nuestras culpas y recuperar la gracia perdida: yo, miserable pecador, habiendo delinquido de varias y muchas maneras, y afectado mi alma con toda suerte de fealdades, me vuelvo a Vos, y con firmísima esperanza del perdón de mis pecados, recibiré ahora ese Sacramento de bondad y misericordia. Y así, a los pies del sacerdote, que está en lugar de vuestra Majestad, me acusaré, con toda humildad y el dolor posible de mi alma y corazón, de todas y cada una de mis culpas, que me han venido a la memoria, sin callar advertidamente, algún pecado mortal, por más feo y torpe que fuere; deseando que los que se me han olvidado, queden también incluidos en esta mi confesión. Todos mis pecados, Señor, que tenéis bien conocidos, confieso a Vos como Sumo Sacerdote y Pontífice máximo entre todos y en presencia vuestra y de toda la corte celestial, me proclamo traidor y reo del crimen de lesa Majestad Divina. Ea, Padre clementísimo, suplico os digneis mirar con aquellos ojos de piedad con que mirasteis a vuestro Hijo postrado en tierra, orando en el huerto y

sumamente dolorido por los pecados de todos los hombres, y oíd mis ruegos con que os pido el perdón de todas mis culpas.

Para suplemento de esta contrición, que no es tan grande como debería, os ofrezco todo el vehementísimo dolor que sintió en su Corazón vuestro Unigénito en el tiempo de su mortalidad, doliéndose de todas las maldades del mundo, especialmente cuando en el monte de los Olivos, con la vehemencia de aquél dolor, sudó sangre hasta regar la tierra, suplicándoos, que con ella laveis mi alma de todas sus culpas, y la hermoseeis con la blancura de la divina gracia. Así sea.